

Martínez Cañadas, Andrés (s. XIX)

*El Semanario murciano*, nº 73 (06-VII-1879)

**Insectos útiles y perjudiciales. Apuntes para nuestra fauna entomológica**

## INSECTOS ÚTILES Y PERJUDICIALES.

APUNTES

PARA NUESTRA FAUNA ENTOMOLÓGICA.

(CONTINUACION.)

Si al hacer la exposicion de nuestras hormigas hubiéramos de decir aun lo más preciso de su desarrollado instinto, ó mejor dicho, de su especie de inteligencia poco vulgar, no hay inconveniente en declararnos faltos de condiciones literarias para hacer su descripción tan interesante como merecen estas hijas del trabajo y de la paciencia. Un año ha trascurrido desde que nos saturamos con la grata y recreativa lectura de Huber, hijo, consagrada á estas heróicas criaturillas, cuyo concienzudo trabajo nos hizo suponer que estaba ya dicha la última palabra de su vida íntima. ¡Pero cuán engañados vivíamos! Pensar y creer que los individuos insectiles ofrecen siempre las mismas particularidades en sus artes y artimañas, tal cual hoy nos lo afirman algunos naturalistas, sería tanto como suponer, que solo el hombre habia sido el único sér privilegiado de esta miserable tierra, cuando

nuestras acumuladas observaciones nos han demostrado lo contrario. Seremos más francos. La *inteligencia* de los insectos, es una verdad, tan verdad, como la inteligencia del hombre, por la cual comprende ó concibe las cosas, por más que esto parezca aventurado.

Un hecho favorable á nuestro aserto nos han mostrado las abejas en nuestra propia casa, al verlas elevar un puntal ó sosten de cera desprovisto de alvéolos, sin más objeto que sostener uno de sus panales ó cubiertas, cuyo desplome había comenzado efecto de la gravedad de sus receptáculos repletos de miel. Este hecho anormal, pero que no es único segun nos han asegurado algunos apicultores, nos hace suponer, que al presentarse á las abejas obreras estos grandes conflictos, resueltos con el talento de un buen entivador, han tenido que acudir algo más que al instinto que solo sirve para obrar sin prévia reflexion.

Hay algo más en apoyo nuestro. ¿No sabemos todos que la forma geométrica éxagonal es la empleada por las abejas cereras como más económica para sus trabajos y ocupar el menos lugar posible? Por qué, pues, no hicieron alvéolos tambien en dicha columna, supuesto que todas sus miras no estriban más que en almacenar grandes cantidades de miel en un espacio reducido? De suponer es, que algo más que á su instinto apelarian nuestras abejas obreras, para penetrarse de que entre un cuerpo careado ó cavernoso y otro de la misma sustancia de estructura compacta, existe una gran diferencia de solidez que ellas han sabido apreciar como inteligentes artistas. Pero basta de ejemplos: cualquiera que se dedique á estudiar piécticamente la naturaleza, tropezará á cada paso con hechos muy análogos, y aun con otros más preciosos y numerosos que podrá comprobar y acaso mejorar todo cuanto nosotros pudiéramos decir.

Ahora bien; fieles á la tarea que nos propusimos seguir en esta exposicion de nuestros insectos, nos obliga á separarnos un poco de los que á costa de elevar el corazon del hombre han guardado la incógnita de los actos dañosos de nuestras hormigas, mostrándonos tan solo lo que más pudiera agradarnos de sus rudas tareas y luchas por la existencia. Es un hecho muy comprobado que las rapiñas ó saqueos de la mayor parte de las que eligen como mejor patria nuestra provincia, acarrean daños de consideracion á los labradores y muy pocas las ventajas que les proporcionan. Asi es, que mala nos ha extrañado ver algunos europeos pisotear, aplastar y hasta.... dura es la palabra, maldecir á las columnas de hormigas de gran cabeza, *Atta capitata*, que partiendo desde sus agujeros se dirigian arrogantes á coorar en las doradas mieses un diezmo más crecido que el de un antiguo cura de abieca. A pesar de todo, si nos preguntara que haríamos nosotros con estos incansables trabajadores, no aseguramos que les pondríamos diariamente la mesa, pero sí haremos constar, que en ninguno de los seres, cuya ofensiva existencia hemos puesto de relieve, ha encontrado nuestra pluma tantas dificultades; y es que, estos animalitos son sin duda los que nos demuestran más, que la naturaleza es tanto más admirable, cuanto más pequeñas son sus criaturas.

Reiteradas pruebas nos han dado siempre estos honrados ciudadanos de velar por el bien de sus repúblicas, no dejándose jamás imponer por sus presidentas ó administradoras, cuya mala direccion en sus maniobras económicas ó de guerra, pudiera dar lugar á perecer toda la colonia. Muy extraordinario es el arrojo y valentia de algunas legiones que á pesar de su pequeñez las hemos visto lanzarse sobre las ágiles *curianas* ó graves *escarabajos*, trabándoles con tal maestría, que bien pronto se han tenido que rendir á sus biliosas apresoras, unas encargadas de sujetar á la víctima, en tanto que las demás falanges la despedazaban cruelmente. Cualquiera que haya tenido ocasion de presenciar estos crueles y frecuentes martirios pocas dificultades se le pueden oponer para persuadirse, de que dado su valor temerario, su fuerza excesiva y la singular union que nos muestran en sus ataques ó defensas, podrian muy bien un número más crecido devorarnos en poco tiempo, si nos dejáramos sorprender por estas sociedades cooperativas. ¿Que les importa á estas ampulosas rojitas (*Formica rufa*) todos los peligros que les amenaza un asalto á la líquida miel que guarda un frasco de cristal, cuya salida es harto penosa y compro-

metida? ¿Qué supone tampoco á esta heroica raza perder en el asalto 900 ó 1,000 individuos, con tal de que queden dos que sirviéndoles de escala los muertos hacinados puedan extraer el producto azucarado? Muy pocos momentos bastan á sus numerosos ejércitos para saquear, digámoslo así, todas las provisiones más azucaradas que guardan nuestros armarios y despensas.

Como son tan pequeñuelas, no hay puerta ni opérculo por ajustado que nos parezca que evite sus cotidianos asaltos. Solo algunas esencias como las de trementina y la miera, nos han librado diferentes veces de sus apetitos ciegos.

También nos muestran otras su existencia, *Formica fuliginosa*, sobre nuestros viejos olivos, higueras y otros árboles frutales, donde practican galerías y ciertas cavidades en que depositan su mordedor ácido fórmico, contribuyendo no solo á ennegrecerlos, sino á secarlos en algunos casos. Repetidas veces les hemos visto encaramadas en los perales, ciruelos, manzanos y albaricoqueros, practicando con afán unos agujeros en los troncos, cuya principal mira, es que no deje de penetrar por ellos el agua de las lluvias. Desde luego, hemos calculado, que todo el fin que se proponen, es hacer que la madera entre en putrefacción, para que de esta manera, no les sea tan difícil separar la parte más coherente de la corteza, á la cual dan después consistencia con los jugos glutinosos que sacan de su estómago. También nos hemos penetrado bien de la superior inteligencia que nos demuestran las consabidas rojitas para ganarse la vida, de su valor temerario para atacar de frente hasta las más enormes y venenosas arañas que se encuentran á su paso.

Probado está ya que las podemos considerar como malvadas avaras, pero no nos olvidemos de los variados y sorprendentes espectáculos que nos presentan en sus fiestas y escenas de embriaguez. Repetidas observaciones hicimos en el pasado verano con estas pequeñuelas sobre unos rosales que por falta de sávia morían como la tenue luz que vá careciendo del oleoso líquido que animó su refulgente combustion. Nada menos que los perversos y verdes pulgoncillos eran los encargados de aniquilar nuestros preciosos rosales, los cuales ya no respetaban ni aun los más acapullados pétalos. Si tuviéramos unas hormiguitas, nos decíamos, pronto veríamos devorados á estos malhechores que acaban por momentos con la planta que produce el emblema del amor y el símbolo de mil encontrados sentimientos, tanto religiosos y morales, en estos y en todos los tiempos. Pocos días trascurrieron en verse cumplidos nuestros buenos deseos, apareciendo sobre los enfermos rosales los anhelados huéspedes: pero grande fué nuestro chasco viéndoles enarbolando bandera de paz, anatematizando la guerra y pro-

metiéndoles protección á cambio de que se dejarán extraer por las hormigas obreras los jugos azucarados que robaban en las horas más calurosas, para lo cual les garantizaban las hormigas hacerlo con la debida prudencia. Espectáculo más sorprendente jamás habíamos presenciado en la vida, maxime, cuando autores respetables nos habían hecho concebir lo contrario. Por tales observaciones, inferimos, pues, que la aparición de las hormigas, donde quiera que haya pulgones, desde luego arrebatará la existencia de los rosales y las de aquellas hortalizas en que formen comunidad, pues es evidente, que debilitados los consabidos pulgones como el mamífero que amamanta á una prole numerosa, la ración de sávia extraída por aquellos, habrása de redoblar mas que sea sin gran apetito, como lo hace en casos análogos la buena nodriza cuando cuenta con el estómago de su cariñoso niño. De todas nuestras hormigas, nos han parecido hasta el dia las más inocentes las esculpidas negritas, *Formica nigra*, que frecuentando nuestros hogares y jardines, practican en los terrados y bajo las yerbas ó cespedes de los andadores, unas guaridas que bien pudieramos llamarles palacios subterráneos. Víctimas sus larvas de la esclavitud de las rojitas, nos traen a la memoria los miserables tráileos que los negreros han hecho en el nuevo mundo, desde que se encontraron aquella fuente de sangre tan humana que la suya, *cazada* y vendida á otros malvados europeos que la dedicaban á penosos trabajos y otros usos que ofenden la moral. En este sentido hemos visto diferentes veces á

las consabidas rojas, allanando las moradas de estos negritos espectros, usurpándoles sus pequeñuelas en larva, que como miserables esclavos les sirven de instrumentos para sus fiemas más penosas. A la consideracion de los lectores dejamos, pues, el reflexionar las titánicas luchas que entablaran las madres de las negras, al ver arrebatadas sus hijuelas por aquellos Herodes, que sin más derechos que la fuerza y el número dejan entulato el corazon de aquella pobre colonia.

¡Tal es la miserable condicion de todos los séres! Su-  
cumbir el más débil ante el más poderoso. Cuando recorriendo nuestros hermosos campos hemos visto á hombres ocupados en saquear los graneros de las brillantes y azabaches hormigas, *Formica gagates*, para apropiarse de los miserables granos que con tantas fatigas y exposiciones habia almacenado durante los rigores del estio, (1) nuestra indignacion nos hizo verter contra los saqueadores expresiones algo duras, pues no comprendiamos hubiese hombres tan mezquinos que se ocuparan en cosas tan frivolas como villanas. Poco importaba á los rudos raptores dejar perecer aquellas pobres familias, que tostadas por los abrasadores rayos solares habian cruzado miles de veces aquellas vias ó senderos hechos con el vientre y sus delicadas patitas. Acostumbrados desde su infancia á vivir de la rapiña, nada habia seguro de sus ágiles uñas. Baste decir que los nidos ó aéreas de águilas más inaccesibles de Columbares eran escaledos por los mismos, para apropiarse una gran parte de la caza que los feroces padres llevaban sin cesar á los polluelos. Pero ¡oh! consecuencias del robo: un dia, dia fatal para una de aquellas criaturas, en que trataba de embocar á los adietados aguiluchos, deslizo con tan mal éxito de las paredes del valle, que quedó hecho peduzos en el fondo del precipicio. ¡Tales industrias, suelen dar por resultado estos tristes fines!

Resumiendo: la utilidad de nuestras hormigas no la podremos negar nunca: pero tampoco desconoceremos, que son varios los extravios y abusos que tienen.

En una palabra: son séres superiores á todos los insectos en una cosa y es: que comen de todo y trabajan por doquiera: desde los parajes más retirados de nuestros campos, hasta los paseos más frecuentados. Algunos de los amigos con quienes paseamos por la tarde les hemos hecho notar las prolongadas hileras que cruzan con gran exposicion nuestro hermoso Malecon, llevando cada una en la boca una semillita ó un pequeño díptero de los que combatiendo en la region aérea caen heridos al suelo. Hablando francamente, vemos en ellas manifestaciones que merecen las bendiciones de nuestros colonos y labradores, pero en otras que observamos, se hacen solidarias de la devastacion que nos causan los pulgones en los prauientos y otras plantas no menos preciosas.

ANDRÉS MARTINEZ CAÑADAS.